LUISA.

LUISA

POEMA

POR

ROBERTO MAC-DOUALL

MEXICO.
IMP. Y LITOGRAFIA DE IRENEO PAZ.
Callejon de Sta. Clara núm. 6.

1886.

DOS PALABRAS.

Allá por el año de 1875, nos fué presentado por un amigo nuestro el jóven poeta colombiano Roberto Mac-Douall, apasionado cantor de las ricas y variadas galas de la naturaleza.

Confesamos ingénuamente que la primera impresion que en nuestro ánimo produjo Roberto, fué enteramente favorable á él. Dotado de una inteligencia despejada, de un espíritu observador ilustrado y de una modestia revestida de positivo mérito, nos cautivó desde luego, y establecimos entre nosotros esas relaciones fraternales que ni los años, ni las decepciones, ni la ausencia pueden destruir, cuando tienen por base la ver-

dad en los sentimientos y el amor á la humanidad.

Roberto acababa de visitar los Estados Unidos; y como esas aves viajeras que detienen su vuelo en donde la naturaleza les proporciona calor, luz y vida, permaneció entre nosotros durante algun tiempo, estudiando nuestras costumbres, nuestra historia y nuestras tendencias sociales y políticas. Bien pronto se hizo conocer como escritor correcto y castizo. Muchos de los periódicos de aquella época, engalanaron sus columnas con las producciones esencialmente americanas del jóven poeta colombiano, y casi todos los que, por entónces, comenzaban á figurar en nuestro cielo literario, se identificaron con él en tendencias filosóficas, en ideales dulcemente consoladores, para los que no consideran la poesía como un pasatiempo frívolo, y en esa comunidad misteriosa que se establece entre los cerebros que crean y las almas que sienten.

Llamado al seno de su hogar por la voz cariñosa de sus padres, Roberto Mac-Douall tuvo que separarse de nosotros, dejándonos un recuerdo imperecedero de sus virtudes privadas, de su buen gusto literario y de su amor acendrado á nuestra República. Como era natural, dados sus honrosos antecedentes,

al llegar á su patria fué recibido por los suyos con expontáneas manifestaciones de cariño. Desde luego ocupó lugar distinguido en la prensa periodística, y sus producciones encontraron en Bogotá el éxito que sólo alcanzan los talentos privilegiados.

Cualquiera creería que al encontrarse Roberto en el seno de su familia, aturdido con el aplauso de sus compatriotas y disfrutando de una buena posicion, nos condenara al olvido; pero léjos de cometer tal ingratitud reprochable, nos ha dado una prueba elocuente de sus nobles sentimientos hácia nosotros, remitiéndonos una de sus últimas producciones, quizá la más bella de las que ha concebido hasta hoy, y en la que campean al lado de una inspiracion vigorosa, los nobles sentimientos de su alma.

"Luisa," el poema delicadísimo que en seguida damos á conocer, y con el cual creemos obsequiar dignamente á nuestros suscritores, es un drama conmovedor y sencillo, una página en la que Mac-Douall ha vertido la ternura de un corazon siempre dispuesto al bien, y en la que á primera vista se nota ese eterno combate que sostienen la virtud contra el mal y el débil contra el fuerte.

Nótase en el trabajo que nos ocupa, ese

claro oscuro que sólo los grandes artistas saben imprimir á sus obras y que revela el conocimiento de la naturaleza. Rica en imágenes, correcta en la forma y llena de verdad en el fondo, la triste historia narrada por el poeta, impresiona profundamente el espíritu, hace amar la virtud y aborrecer á los que apartándose de ella, buscan la felicidad en la satisfacion de brutules pasiones. Podrá decirse que nuestro autor no es enteramente original; pero sus imitaciones están llenas de hermosura y de vida. Quien así copia los buenos modelos, quien así escribe, sabe comprender y pensar.

Nada querémos decir acerca del mérito literario del poema de Roberto. Hay en él estrofas que no se desdeñaría de firmar el gran Núñez de Arce. Nos limitamos, por consiguiente, á llamar la atencion de las personas de buen gusto para que lean estas sencillas páginas, dictadas por un espíritu iniciado en los secretos de la virtud y del bien.

El autor de «Luisa» es muy jóven todavia; tiene que esperar mucho del porvenir por que su talento, su consagracion al estudio y la pureza de sus sentimientos, le señalan como uno de esos génios privilegiados que dan honra á su patria y á la humanidad.

Roberto Mac-Douall no podia sellar su bellísimo poema sino con broche de oro. Dedicó sus productos á los Asilos de indigentes de Bogotá. Hé aquí al poeta y al hombre de corazon.

Reciba en estas líneas el recuerdo cariñoso que le consagramos, como un justo homenaje á su reconocida inteligencia y como un testimonio de la leal amistad que le profesamos.

AGAPITO SILVA.

LUISA.

I

En la orilla del turbio Magdalena
Que por lechos de arena
Arrastra perezoso su corriente,
En el extremo de una fresca roza
Se levanta una choza,
Pobre morada de sencilla gente.

Al frente un patio que la grama alfombra,
Y al que sabrosa sombra
Prodigan cuatro ceibas colosales;
A un lado el huerto que hasta el bosque llega,
Y á la espalda la vega
Cubierta de tupidos platanales.

Más allá de la roza se vé el llano,
Y en el confín lejano,
Que limitan altísimas montañas
Al través de los árboles blanquea
La torre de la aldea,
Rodeada de rústicas cabañas.

De aquella humilde choza ante la puerta,
Con la mirada incierta
Un anciano contempla indiferente
Los celajes de grana y de topacio
Con que baña el espacio
El último fulgor del sol poniente.

Y sentada en el quicio está una anciana,
De cabellera cana,
Que á la luz moribunda é indecisa
Del sol crepuscular, procura en vano
Con insegura mano
Terminar su labor, y cose aprisa.

No léjos de la casa, en la campiña
Un niño y una niña
Juegan y ríen tan alegremente
Como todos reímos y jugamos
Cuando, niños, llevamos
Un recuerdo del cielo en nuestra mente.

—Ya me falta la luz—dijo la anciana;—
Queda para mañana;
Tengo trabajo aquí para otro dia.
—Sí—dijo el viejo—ya la noche llega;
Y mirando á la vega
Agregó:—Juan no viene todavía.

Mira, empiezo á temer... es ya muy tarde.
—¡Vaya, vaya, cobarde!—
La anciana respondió.—¿Por qué te alarmas?
—¿Por qué? Porque el alcalde ha dado un bando;
Porque están reclutando;
Porque ayer ví pasar gentes con armas.

Porque sé que preparan una guerra,
Y que esta pobre tierra
Va á contemplar escenas espantosas.
—¿Y temes?—Sí; que á mi hijo idolatrado
Le lleven de soldado.....
—¡Calla, calla, no digas esas cosas.

¡Eso no puede ser, eso es horrible!
¡Jamás! Es imposible
Que nos roben nuestro único consuelo.
Si no muevo á los hombres con mi llanto,
Dios, que vé mi quebranto,
Velará por nosotros desde el cielo.

—Esperemos en él,—dijo el anciano,
Y con trémula mano
Las lágrimas limpió de sus mejillas;
Miéntras la triste madre, por su hijo,
Al pié de un crucifijo
Oraba sollozando de rodillas.

En esto se oye un grito en la campiña,
Y rápida la niña
Se lanza al platanal gritando, ¡Padre!
Y el niño corre en direccion opuesta,
Que la empinada cuesta
Sube cantando la dichosa madre.

A poco ante la puerta de la casa
Se vé, á la luz escasa
Del sol, que da sus últimos reflejos,
A Juan con su mujer y con sus niños
Prodigar sus cariños,
Lleno de santo amor, á los dos viejos.

—¿Sabes —dijo el anciano— que un buen susto,
Nos diste, Juan? No es justo
Que prolongues mañana la tarea.
—Esta tarde acabé, me he dado prisa
Porque quiero con Luisa
Ir mañana á hacer compras á la aldea.

—¡No irás!—le dice Luisa,—¿tú no sabes
Que hay noticias muy graves,
Y que el señor alcalde ha dado un bando?.....
—Pero ese bando no me importa nada.
—Hay mucha gente armada
Y están por todas partes reclutando.

—¡No irás!—dice la anciana;—no hay urgencia
Y por una imprudencia
Puedes, hijo, tal vez comprometerte.
—¡No irás!—agrega el viejo contristado,—
Pues si te hacen soldado
¿Cuál será sin tu apoyo nuestra suerte?

—¡No irás! no irás, papá!—dicen los niños,
Y sus blandos cariños
Prodigan á su padre con ternura.
—¡No iré!—responde Juan,—por daros gusto
Me quedo aquí; no es justo
Que vaya á interrumpir vuestra ventura.

Pocas horas despues todos dormían,
Y alegres sonreían
Por hermosos ensueños halagados.
—¿Todos? No: que una madre allí velaba,
Y afligida pensaba
En guerras, en campañas y en soldados.

II

Cuando al rayar la aurora, el horizonte
Y la cima del monte
Con sus primeros rayos envolvía,
Despertando los ecos adormidos
Con golpes repetidos,
De Juan el hacha resonar se oía.

Ya á la primera luz de la mañana
Presurosa la anciana
Daba fin al trabajo comenzado;
Ya los niños jugaban en el huerto,
Y ya con paso incierto
El anciano vagaba en el sembrado.

Y Luisa caminaba lentamente,
Doblegada la frente
Bajo el peso terrible de una idea,
En la guerra y en Juan iba pensando,
Y avanzaba llorando
Por la tortuosa senda de la aldea.

De pronto se detiene en su camino,
Pues de un bosque vecino
Un hombre vió salir de faz severa.....
Lo conoce, y da un grito, huir pretende,
Pero él la mano extiende
Y con fiero ademan le dice:—Espera!

Luisa, es preciso que los dos hablemos;
Una cuenta tenemos
Que es forzoso salvar en este instante.
—¡Déjame, por piedad!—responde Luisa,
Y una infernal sonrisa
Vaga del hombre aquel en el semblante.

—¡Déjame, por piedad!.....—Ruegas en vano,
Pues yo seré inhumano
Como lo fuiste tú..... Tú me enseñaste,
Tú me viste á tus plantas de rodillas,
Y hoy ante mí te humillas,
¡Bien cosechas el fruto que sembraste!

¡Cómo te amaba yo! ¡Con cuánto anhelo
De tus ojos de cielo
Buscaba los divinos resplandores!
Ellos daban la vida al pecho amante,
Como ese sol brillante
La da con sus destellos á las flores.

¡Cómo te amaba yo! ¡Tú lo sabías
Y de las penas mías
Indiferente, Luisa, te burlabas;
Y para hacer más grande mi amargura,
Tesoros de ternura
A otro hombre en mi presencia prodigabas.

¡Oh, cómo odio á tu Juan! El me ha robado
El tesoro sagrado
En que encerré mi frágil esperanza.
¡Ah! ¡la sangre que corre por sus venas
Es suficiente apenas
Para aplacar la sed de mi venganza!

Hoy no vengo á rogar. ¡Luisa, te amo!
¡Tu amor, tu amor reclamo —
Dijo aquel hombre en ademan furioso,—
Y si tu amor me niegas inhumana,
De soldado mañana
Irá á la guerra tu feliz esposo!—

—¡Piedad para una esposa infortunada!—
Con voz entrecortada
Dijo Luisa, cayendo de rodillas,
Miéntras él contemplaba indiferente,
Con arrugada frente,
El llanto que bañaba sus mejillas.

—¡Piedad, piedad para el anciano padre!
¡Para la pobre madre,
Que vive de su amor y sus cariños!
¡Piedad para dos ángeles del cielo,
Que son nuestro consuelo!
¡Piedad, piedad para mis pobres niños!

¿Por qué de tus agravios la venganza
Al inocente alcanza?
Si yo tanto rencor he merecido,
Derrama aquí mi sangre con tus manos;
¡Mas salva á los ancianos,
Salva á mis hijos, salva á mi marido!

—¿Tu sangre? ¿Para qué, si ella no calma
La tempestad de mi alma,
Si no apaga este fuego en que me abraso!
¡Tu amor y nada más es lo que exijo!—
Aquella fiera dijo,
Y hácia Luisa avanzó con lento paso.

Cual se yergue la fiera enfurecida,
Ella en el alma herida
Con noble majestad se irguió imponente,
Contrajo con furor sus lábios rojos,
Alzó los negros ojos
Y miró á su verdugo frente á frente.

—¿Me ofreces la deshonra y crees que ceda?
¿Te imaginas que pueda
Comprar mi dicha por tan alto precio?
¡Miserable! ¡si ayer te aborrecía,
Al ver tal villanía
Hoy te miro con ódio, y te desprecio! —

Dijo, volvió con altivez la espalda:
Y corrió hácia la falda
En busca de su esposo idolatrado;
La desesperacion le daba aliento,
Y veloz como el viento
Atravezó la reza y el sembrado.

El hombre con irónica sonrisa,
Viendo el afan de Luisa
Le dijo, haciendo de crueldad alarde:
—Es inútil que corras, pues te advierto
Que yo anduve despierto,
Y á pesar de tu afan, llegarás tarde.

Luisa lo oyó, detuvo su carrera
Un momento, y ligera
Se lanzó en direccion de la cabaña.
-¡Juan! dónde está mi Juan-preguntó al viejo.
El la miró perplejo
Y contestó temblando:—En la montaña.

—Pero ¿qué pasa? ¡dí!—Voy á buscarlo,
Es preciso salvarlo,
Pues lo van á prender... —¡Cállate, loca!
—Acaba de decírmelo el alcalde.
—¿Y tú?—Le rogué en balde;
Ese hombre tiene corazon de roca.

—¡Sí, vé, no te detengas! yo te sigo.....
¡Que te vayas, te digo!
¡Qué calma de mujer! ¡qué es lo que espera! —
Exclamaba el anciano en su agonía,
Y Luisa no lo oía,
Pues cruzaba ya el patio á la carrera.

Llegó al borde del bosque, y anhelante
Se detuvo un instante
Y dirigió la vista á todos lados:
Una quietud completa allí reinaba,
Quietud que no turbaba
El hacha con sus golpes redoblados.

Y Luisa delirante, sin sentido,
Llamaba á su marido;
Los senderos del bosque recorría,
Y á sus amargos ayes solamente
Con una voz doliente
El eco entre las breñas respondía.

Y corriendo, corriendo medio loca,
Llegó al pié de una roca
Y vió sobre ella al infeliz anciano,
Bañadas por el llanto sus mejillas,
Echado de rodillas
Y tendiendo sus brazos hácia el llano.

Luisa subió á la roca, y anhelante
Hácia el llano distante
Dirigió presurosa la mirada,
Y al ver entre soldados conducido
A su esposo querido,
Rodó sobre lás piedras desmayada.

III

Han pasado seis meses desde el día
En que con saña impía
Arrancaron á Juan de su cabaña,
Seis meses en que el pobre ha soportado
Las penas del soldado
Y el terrible rigor de la campaña.

Y ya no es Juan el rústico apacible,
De mirar bonancible
Y de modesto y dulce continente;
El traje militar cambió su facha
Y como ayer el hacha
Hoy maneja el fusil perfectamente.

Nadie como él soporta la fatiga,
Como el jefe le diga
Que es preciso pasar la noche en vela,
Pues se teme que llegue el enemigo;
Sin cena y sin abrigo
Hace toda la noche centinela.

¡Y es de verlo en la fuerza del combate!
Con tal ardor se bate,
Sin cuidarse del fuego ó la metralla,
Que admirando su arrojo y sangre fría,
El general un día
Lo hizo cabo en el campo de batalla.

Pero ese hombre tan rudo en la pelea,
Si oye nombrar su aldea
Se pone triste, llora como un niño,
Y sólo alcanza á mitigar su duelo
Y á darle algun consuelo
De su mujer el sin igual cariño.

Porque Luisa, su noble y santa esposa,
Comparte valerosa
Los riesgos y el rigor de la campaña,
Y sostenida por su amor ferviente
Las fatigas no siente
Y á Juan por todas partes acompaña.

Una noche á la lumbre placentera
De una brillante hoguera
Luisa una rota blusa remendaba,
Miéntras que Juan, con arrugado ceño
Y decidido empeño,
Su rifle y sus cartuchos revisaba.

—¿Sí sabes—dijo Juan—querida mía,
Que al asomar el día
Debemos dar principio á la batalla?
—Lo sé—contesta Luisa suspirando.
Y yo estaba pensando—
Agregó Juan—en que me toca ..—¡Calla!

¿Por qué venir á hablarme de ese modo?
—Hay que temerlo todo:
Ni una bala en diez lances me ha tocado
Mas yo no sé explicarte lo que siento...
Tengo presentimiento
De que saldré mañana mal librado.

—¡Calla! ¡cállate, Juan, no digas eso!
—Mira, Luisa, confieso
Que voy á entrar con miedo á la pelea,
Y es muy triste morir en tierra extraña,
Léjos de mi montaña,
De mis hijos, mis padres y mi aldea.

Si es mi suerte morir en la batalla,
Quítame esta medalla
Que mi madre adorada me dió el día
En que por vez postrera me bendijo
Y, no me olvides, hijo,
Con voz entrecortada me decía.

Díle que su recuerdo idolatrado
Guardó siempre el soldado;
Díle que en medio del combate horrendo,
En el último instante de su vida,
Vió su imágen querida
Y murió su memoria bendiciendo.

Y á mi padre, á los hijos de mi alma
Díles....¡mas, calma, calma!
Siento que el miedo mi razon altera.
¡No llores, hija, así¡ no es para tanto;
¡Vamos! acabe el llanto;
¡Si es imposible que sin verlos muera!

¿Lloras porque yo digo una locura?—
Agregó, y con ternura
De su esposa besó los lábios rojos,
Tomó el fusil y se alejó cantando,
Y el llanto iba rodando
En gruesas gotas de sus negros ojos.

IV

Ya entre celajes de flotante grana
El sol de la mañana
Alumbra de los montes los perfiles,
Y luego, al dilatarse en la llanura,
Su roja luz fulgura,
Reflejada por lanzas y fusiles.

Que están los enemigos frente á frente,
Y esperan solamente
Que se dé la señal de la batalla.
A poco un ruido atronador se escucha,
Y la terrible lucha
Como tormenta formidable estalla.

El humo oculta el sol y roba el cielo,
La sangre empapa el suelo
Y, víctimas de instintos inhumanos,
Los hombres se persiguen, se destrozan,
En la matanza gozan,
¡Ay! y se olvidan de que son hermanos.

Cesó con la postrera luz del día
La atroz carnicería,
Y con pasos veloces, aunque inciertos,
La triste Luisa el campo atravesaba,
Y con afán buscaba
A su pobre marido entre los muertos.

De repente paróse en su camino;
Que de un bosque vecino,
Rompiendo aquel silencio tan profundo,
Salió un gemido sordo, prolongado,
Un lamento apagado,
El último tal vez de un moribundo.

Hácia el bosque corrió trémula Luisa,
Y de pronto, indecisa,
Detuvo el paso al escuchar su nombre,
Al fin venció el terror, siguió adelante
Con paso vacilante,
Y entre un charco de sangre encontró á un hombre.

—Juan!—exclamó,—¡mi pobre Juan querido!
Y un grito dolorido
Se escapó de su pecho desgarrado;
Rendida de dolor cayó de hinojos.
Y el llanto de sus ojos
Rodó sobre la frente del soldado.

Fijó en ella la vista el moribundo,
Y el dolor más profundo
En su última mirada se leía.
—¡Adios!—le dijo—¡adios! ¡esto es un hecho!
Y apretó contra el pecho
La mano que su Luisa le ofrecía.

—¡Adios! cuida á mis padres y á mis hijos...
Sus dolores prolijos
Procura mitigar con tu consuelo....
La medalla.... mi madre.... ¡madre mia!—
Y acabó su agonía....
¡El alma del soldado voló al cielo!

En la orilla del turbio Magdalena
Que por lechos de arena
Arrastra perezoso su corriente,
En el confin de abandonada roza,
De la risueña choza
Descúbrense las ruinas solamente.

En medio al patio que la grama alfombra,
Bajo la espesa sombra
Que proyectan las ceibas colosales,
De entre un lecho de rojas campanillas,
Modestas y sencillas,
Se levantan dos cruces desiguales,

Por la tarde, y sentado en una piedra,
Que cobija la hiedra,
Un triste anciano silencioso llora,
Y ante la humilde tumba arrodillada,
Con voz entrecortada,
Una niña inocente gime y ora.

Que en una misma fosa confundidos,
Y hasta en la muerte unidos
Bajo la santa cruz de tosco leño,
Yacen la pobre madre del soldado
Y el hijo idolatrado
Durmiendo juntos el eterno sueño.

Que ellos más infeliz, la pobre niña
Vaga por la campiña
Y recorre las calles de la aldea,
Llevando cuidadosa de la mano
Al miserable anciano
Que vacila en sus pasos y flaquea.

Y con la faz por el rubor cubierta
Pide de puerta en puerta
Una limosna para el pobre ciego.
¡Ciego, sí! que el anciano lloró tanto,
Que al fin apagó el llanto
De su pupilas el brillante fuego.

V

Hay hácia el Norte, al pié de la colina
Que á Bogotá domina,
Un humilde, vetusto monasterio,
Que en tiempo no lejano fué el asilo
Del monje que tranquilo
Buscaba en él la calma y el misterio.

Al frente se alza rústica capilla,
Cuya torre sencilla
Se vé del cerro sobre el fondo oscuro;
Detrás está el convento, resguardado
Por la capilla á un lado
Y hácia los otros tres por alto muro.

En ese asilo, un tiempo silencioso,
Do reinaba el reposo
Y donde sólo la oracion se oía,
Hoy se escuchan lamentos, maldiciones,
Risas, imprecaciones,
Y gritos de dolor y de alegría.

El alma se extremece acongojada
Cuando de esa morada
Se pisan los fatídicos umbrales,
Que allí se vé el horror de la demencia
En toda su inclemencia,
Con todos sus tormentos infernales.

¡Cuántos ceños adustos y fruncidos!
¡Cuántos ojos hundidos!
¡Cuántas risas de estúpida locura!
¡Cuántas caras en lágrimas bañadas!
¡Y cuántas carcajadas
Que revelan del alma la amargura!

Y allí, como una sombra de otra vida,
Con la frente abatida,
Suelta la negra cabellera al viento,
Luisa vaga en los largos corredores
O en medio de las flores
Que adornan los jardines del convento.

Ya no hay sonrisas en sus lábios rojos,
Y sus hermosos ojos,
Tan brillantes ayer, empaña el llanto;
La luz de la razon huyó del alma,
Y su aparente calma
Oculta un mundo de pesar y espanto.

A veces á sus lábios indecisa
Asoma la sonrisa
Y se alegra de pronto su mirada;
Vuelve sus grandes ojos hácia el cielo,
Despues como hondo duelo
Baja la faz en lágrimas bañada.

Acaso son recuerdos de otros dias,
De muertas alegrías
Que atraviesan veloces por su mente,
Y que pasan, dejando en su memoria
De su dolor la historia
Y tal vez la conciencia del presente.

Acaso de la vida de la aldea
Una confusa idea
Se extremece de su alma en las ruínas,
Y hace que se doblegue al sufrimiento
Como al soplo del viento
Se doblan en el bosque las encinas.

Y ayer no más miraba indiferente
Sobre su blanca frente
Lucir el bello sol de su destino,
En su cielo brillaban las estrellas
Y las flores más bellas
Formaban una alfombra en su camino.

Y hoy, si acaso pretende en su agonía
Su mirada sombría
Atravesar del porvenir el velo,
Anegados en lágrimas sus ojos
Ven en la tierra abrojos
Y negras tempestades en el cielo.

Si cual bella visión en lontananza
A divisar alcanza
Su juventud tan dulce, tan dichosa,
Quizá en las sombras de su noche oscura
Tal recuerdo fulgura
Con vagos tintes de color de rosa.

¡Oh dulce primavera de la vida!
¡Oh juventud, mecida
Por auras de ilusiones y de encanto!
¡Dichosa edad de venturosa calma
En que se agita el alma
Bajo los pliegues de tu rico manto!

Aun juegan en su frente tus destellos;
En sus negros cabellos
La nieve de los años no ha brillado,
Y ya el horrible soplo del invierno
En ese pecho tierno
Las rosas del placer ha marchitado.

Así del árbol que en las tumbas brota
La rama al aire flota,
Y el sol sus rayos en las flores vierte,
Miéntras la savia que el vigor sustenta
Sus jugos alimenta
Con los tristes despojos de la muerte.

Si su presente es sólo de amargura,
Si aquella alma tan pura
Envuelve con su sombra el desconsnelo,
¡Venid, recuerdos de la edad pasada,
Y esa alma lacerada
Inundad con la luz de vuestro cielo!

¡Venid, visiones de perdida calma,
Trazad de ella en el alma
De vuestro paso luminosas huellas!
¡Alumbrad esa mente tenebrosa
Con la luz misteriosa
Con que alumbran la noche las estrellas!

¡Oh memorias! ¡Bellísimos reflejos
Que brillan á lo léjos,
Al través de las brumas del pasado!
¡Perfume de dulcísima fragancia
Que cruza la distancia
En las alas del céfiro llevado!

¡Visiones de sus muertas alegrías,
Recuerdos de otros días,
Calmad la pena que su pecho inunda!
¡Brille en él la esperanza á vuestro aliento,
Como al soplo del viento
Vuelve á brillar la llama moribunda!

¡Que esa alma que abatieron los dolores,
Al sentir los fulgores
De un recuerdo feliz, se alce lozana
Como flor por el viento sacudida
Que cobra nueva vida
A los besos del sol de la mañana!

¡Ay, es en vano! La vision de gloria
Cruza por su memoria,
Sin dejar de su luz ninguna huella;
Pasa por las tinieblas de su duelo
Cual por oscuro cielo
Cruza la vaga luz de errante estrella.

Pobre mujer! ¡Cuál fuera tu destino
Si un ángel peregrino
No hubieras encontrado en tu agonía,
Que con sus blancas alas te dá sombra,
Que CARIDAD se nombra
¡Y que vela á tu lado noche y dia!

¡La santa Caridad! ¡Bendita sea;
Que en la distante aldea
Brinda pan á la niña y al anciano!
¡La Caridad, que á la demente abriga,
Que sus males mitiga
Y la envuelve en su manto soberano!

¡La santa Caridad, virtud sublime,
Que á los hombres redime
Y que enlaza la tierra con el cielo!
¡La santa Caridad, luz de ventura,
Que brilla en la amargura,
Derramando raudales de consuelo!

¡Feliz quien á la luz de sus fulgores,
Aliviando dolores,
Atraviesa del mundo la carrera!
¡Y feliz yo, si puedo con mi canto
Mitigar un quebranto,
Enjugar una lágrima siquiera!

Bogotá 1884.